
En este instante suena la campanilla, y ese agudo són me vuelve á la realidad. No; no es Alicia la que miro en aquel palco. Alicia duerme ya en el camposanto. Es una mujer que se le parece mucho y que morirá tan desastrosamente como ella. ¡Dios confunda á los maldicientes! Gaspar tiene muchísima razón. La lengua mata más que los puñales. ¡Cómo se moraliza uno viendo estas comedias!

Con que te he dicho ya que esa señora.....

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

A GONZALO ESTEVA Y CUEVAS.

Pocas mañanas hay tan alegres, tan frescas, tan azules, como esta mañana de San Juan. El cielo está muy limpio, «como si los ángeles lo hubieran lavado por la mañana;» llovió anoche, y todavía cuelgan de las ramas brazaletes de rocío que se evaporan luego que el sol brilla, como los sueños luego que amanece; los insectos se ahogan en las gotas de agua que resbalan por las hojas, y se aspira con regocijo ese olor delicioso de tierra húmeda, que sólo puede compararse con el olor de los cabellos negros, con el olor de la epidermis blanca y el olor de las páginas recién impresas. También la naturaleza sale de la alberca con el cabello suelto y la garganta descubierta; los pájaros se emborrachan con el agua, cantan mucho, y los niños del pueblo hunden su cara en la gran palangana de metal. ¡Oh mañanita de San Juan, la de camisa limpia y jabones perfumados! yo quisiera mirarte lejos de estos calderos en que hierve grasa humana; quisiera contemplarte al aire libre, allí donde apareces virgen todavía, con los brazos muy blancos y los rizos húmedos! Allí eres virgen: cuando llegas á la ciudad, tus labios rojos han besado mucho; muchas guedejas rubias de tu undívago cabello se han quedado en las manos de tus mil amantes, como queda el vellón de los corderos en los zarzales del camino; muchos brazos han rodeado tu cintura; traes en el cuello la marca roja de una mordida, y vienes tambaleando con traje de raso blanco todavía, pero ya prostituído, profanado, semejante al de Giroflé después de la comida, cuando la novia muerde sus immaculados azahares y empapa sus cabellos en el vino! ¡No, mañanita de San Juan, así yo no te quiero! Me gustas en el campo: allí donde se miran tus azules ojitos y tus trenzas de oro. Bajas por la escarpada colina poco á poco; llamas á la puerta ó entornas sigilosamente la ventana para que tu mirada alumbre el interior, y todos te recibimos como reciben los enfermos la salud, los pobres la riqueza y los corazones el amor. ¿No eres amorosa? ¿No eres muy rica? ¿No eres sana? Cuando vienes, los novios hacen sus eternos juramentos; los

que padecen, se levantan vueltos á la vida; y la dorada luz de tus cabellos siembra de lentejuelas y monedas de oro el verde obscuro de los campos, el fondo de los ríos y la pequeña mesa de madera pobre en que se desayunan los humildes, bebiendo un tarro de espumosa leche, mientras la vaca muge en el establo. ¡Ah! Yo quisiera mirarte así cuando eres virgen, y besar las mejillas de Ni-nón.....¡sus mejillas de sonrosado terciopelo y sus hombros de raso blanco!

* * *

Cuando llegas, ¡oh mañanita de San Juan! recuerdo una vieja historia que tú sabes y que ni tú ni yo podemos olvidar. ¿Te acuerdas? La hacienda en que yo estaba por aquellos días, era muy grande; con muchas fanegas de tierra sembradas é incontables cabezas de ganado. Allí está el caserón, precedido de un patio con su fuente en medio. Allí está la capilla. Lejos, bajo las ramas colgantes de los grandes sauces, está la presa en que van á abrevarse los rebaños. Vista desde una altura y á distancia, se diría que la presa es la enorme pupila azul de algún gigante, tendido á la bartola sobre el césped. ¡Y qué honda es la presa! ¡Tú lo sabes.....!

Gabriel y Carlos jugaban comunmente en el jardín. —Gabriel tenía seis años; Carlos, siete. Pero un día, la madre de Gabriel y de Carlos cayó en cama, y no hubo quien vigilara sus alegres correrías. Era el día de San Juan. Cuando empezaba á declinar la tarde, Gabriel dijo á Carlos:

—Mira, mamá duerme y ya hemos roto nuestros fusiles. Vamos á la presa. Si mamá nos riñe, la diremos que estábamos jugando en el jardín. Carlos, que era el mayor, tuvo algunos escrúpulos ligeros. Pero el delito no era tan enorme, y además, los dos sabían que la presa estaba adornada con grandes cañaverales y ramos de zempazúchil. ¡Era día de San Juan!

—¡Vamos!—le dijo—llevaremos un *Monitor* para hacer barcos de papel y les cortaremos las alas á las moscas para que sirvan de marineros.

Y Carlos y Gabriel salieron muy quedito para no despertar á su mamá, que estaba enferma. Como era día de fiesta, el campo estaba solo. Los peones y trabajadores dormían la siesta en sus cabañas. Gabriel y Carlos no pasaron por la tienda, para no ser vistos, y corrieron á todo escape por el campo. Muy en breve llegaron á la presa. No había nadie: ni un peón, ni una oveja. Carlos cortó en pedazos el *Monitor* é hizo dos barcos, tan grandes como los navíos de Guatemala. Las pobres moscas que iban sin alas y cautivas en una caja de obleas, tripularon humildemente las em-

barcaciones. Por desgracia, la víspera habían limpiado la presa, y estaba el agua un poco baja. Gabriel no la alcanzaba con sus manos. Carlos, que era el mayor, le dijo:

—Déjame á mí que soy más grande. Pero Carlos tampoco la alcanzaba. Trepó entonces sobre el pretil de piedra, levantando las plantas de la tierra; alargó el brazo é iba á tocar el agua y á dejar en ella el barco, cuando, perdiendo el equilibrio, cayó al tranquilo seno de las ondas. Gabriel lanzó un agudo grito. Rompiéndose las uñas con las piedras, rasgándose la ropa, á viva fuerza, logró también encaramarse sobre la cornisa, tendiendo casi todo el busto sobre el agua. Las ondas se agitaban todavía. Adentro estaba Carlos. De súbito, aparece en la superficie, con la cara amoratada, arrojando agua por la nariz y por la boca.

—¡Hermano! ¡hermano!

—¡Ven acá! ¡ven acá! No quiero que te mueras.

Nadie oía. Los niños pedían socorro, estremeciendo el aire con sus gritos; no acudía ninguno. Gabriel se inclinaba cada vez más sobre las aguas y tendía las manos.

—Acércate, hermanito, yo te estiro.

Carlos quería nadar y aproximarse al muro de la presa; pero ya le faltaban las fuerzas, ya se hundía. De pronto, se movieron las ondas y asió Carlos una rama, y apoyado en ella logró ponerse junto al pretil y alzó una mano: Gabriel la apretó con las manitas suyas, y quiso el pobre niño levantar por los aires á su hermano que había sacado medio cuerpo de las aguas y se agarraba á las salientes piedras de la presa. Gabriel estaba rojo y sus manos sudaban, apretando la blanca manecita del hermano.

—¡Si no puedo sacarte! ¡Si no puedo!

Y Carlos volvía á hundirse, y con sus ojos negros muy abiertos le pedía socorro.

—¡No seas malo! ¿Qué te he hecho? Te daré mis cajitas de soldados y el molino de marmaja que te gustan tanto. ¡Sácame de aquí!

Gabriel lloraba nerviosamente, y estirando más el cuerpo de su hermanito moribundo, le decía:

—¡No quiero que te mueras! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡No quiero que se muera!

Y ambos gritaban, exclamando luego:

—¡No nos oyen! ¡No nos oyen!

—¡Santo ángel de mi guarda! ¿Por qué no me oyen?

Y entretanto, fué cayendo la noche. Las ventanas se iluminaban en el caserío. Allí había padres que besaban á sus hijos. Fueron saliendo las estrellas en el cielo. Diríase que miraban la tragedia de aquellas tres manitas enlazadas que no querían soltarse y se

soltaban! Y las estrellas no podían ayudarles, ¡porque las estrellas son muy frías y están muy altas!

Las lágrimas amargas de Gabriel caían sobre la cabeza de su hermano. Se veían juntos, cara á cara, apretándose las manos, y uno iba á morir!

—Suelta, hermanito, ya no puedes más; voy á morirme.

—¡Todavía no! ¡Todavía no! ¡Socorro! ¡Auxilio!

—¡Toma! voy á dejarte mi reloj. ¡Toma, hermanito!

Y con la mano que tenía libre sacó de su bolsillo el diminuto reloj de oro que le habían regalado el Año Nuevo! ¡Cuántos meses había pensado sin descanso en ese pequeño reloj de oro! El día en que al fin lo tuvo, no quería acostarse. Para dormir, lo puso bajo su almohada. Gabriel miraba con asombro sus dos tapas, la muestra blanca en que giraban poco á poco las manecitas negras y el instantero que, nerviosamente, corría, corría, sin dar jamás con la salida del estrecho círculo. Y decía:—¡Cuando tenga siete años, como Carlos, también me comprarán un reloj de oro!—No, pobre niño; no cumples aún siete años, y ya tienes el reloj. Tu hermanito se muere y te lo deja. ¿Para qué lo quiere? La tumba es muy obscura, y no se puede ver la hora que es.

—¡Toma, hermanito, voy á darte mi reloj; toma, hermanito!

Y las manitas, ya moradas, se aflojaron, y las bocas se dieron un beso desde lejos. Ya no tenían los niños fuerza en sus pulmones para pedir socorro. Ya se abren las aguas, como se abre el muchedumbre en procesión cuando la Hostia pasa. Ya se cierran y sólo queda por un segundo, sobre la onda azul, un bucle lacio de cabellos rubios!

Gabriel soltó á correr en dirección del caserío, tropezando, cayendo sobre las piedras que lo herían. No digamos ya más: cuando el cuerpo de Carlos se encontró, ya estaba frío, tan frío, que la madre, al besarlo, quedó muerta!

¡Oh mañanita de San Juan! Tu blanco traje de novia tiene también manchas de sangre!

EN EL HIPÓDROMO.

Es imposible separar los ojos de esa larga pista, en donde los caballos de carrera compiten, maravillándonos con sus proezas. Yo sé de muchas damas que han reñido con sus novios, porque éstos, en vez de verlas preferentemente y admirarlas, fijaban su atención en los ardidés de los jockeys y en la traza de los caballos. Y sé, en cambio, de otro amigo mío, que absorto en la contemplación de unas medias azules, perfectamente restiradas, perdió su apuesta por no haber observado, como debía haberlo hecho desde antes, las condiciones en que iba á verificarse la carrera. Pero esta manía hípica no cunde nada más entre los dueños de caballos y los apostadores, ávidos de lucro; se extiende hasta las damas, que también siguen, á favor del antejo, los episodios y las peripecias de la justa, y que apuestan como nosotros apostamos, y emplean en su conversación los agrios vocablos del idioma hípico, erizado de puntas y consonantes agudísimas. Los galantes y los cortejos van á apostar con las señoras, y ofrecen una caja de guantes ó un estuche de perfumes, en cambio de la pálida camelia que se marchita en los cabellos de la dama ó del coqueto alfiler de oro que detiene los rizos de la nuca. El breve guante de cabritilla paja que aprisiona una mano marfilina, bien vale todos los jarrones de Sèvres que tiene Hildebrand en sus lujosos almacenes, y todas las delicadas miniaturas que traza el pincel-Daudet de Casarín. Yo tengo en el cofre azul de mis recuerdos uno de esos guantes. ¿De quién era? Recuerdo que durante muchos días fué conmigo, guardado en la cartera, y durmió bajo mi almohada por las noches. ¿De quién era? ¡Pobre guante! Ya le faltan dos botones y tiene un pequeñito desgarrón en el dedo meñique. Huele á rubia.

*
* *

La arena del Hipódromo ha recibido ya también su bautismo de sangre. Pero ¿quién piensa durante la animación de las carreras,

en esos tristes lances de tragedia? El caballo pasea con arrogancia dentro de la pista, como una hermosa en el salón del baile. Sabe que es arrogante y sabe que le miran. Y el caballo puede matar á su jinete en el *steeple chase*, como la dama, por casta y angelical que os parezca, puede también poner en vuestra mano el vibrante florete del duelista ó el revólver del suicida. Todo amor da la muerte.

Nosotros acariciamos la crin sedosa del caballo ó nos dormimos á la sombra de una tupida cabellera negra, como la Africana bajo la fronda pérfida del manzanillo. Tus piernas son nerviosas—¡oh caballo!—mis dedos quieren esconderse entre tus crines, y cuando tú, alargando el noble cuello, dilatas la nariz y corres, como un dardo disparado, yo siento las palpitations de tu carne, y te poseo y te amo, ebrio de orgullo. Bien sé que en uno de tus botes puedes arrojarne á distancias enormes, como se arroja un saco de huesos desde lo alto de una torre. Mi cuerpo irá á caer en la barranca ó quedará desamparado en la llanura, siendo pasto de los buitres. ¿Pero qué importa? ¡yo te amo!

—Tus ojos—oh mujer—ocultan el amor al propio tiempo que la muerte, porque son negros como la noche y en la noche reinan las pálidas estrellas y los perversos malhechores. Tus pupilas despiden luces frías, como flechas de acero. Nadie ha podido sorprender los escondidos pensamientos que guarda tu frente impenetrable. Eres el arca santa ó la terrible caja de Pandora, el condor ó el gusano, la cumbre en que se está próximo al cielo ó la barranca cuyo duro suelo caldean las llamas del infierno. Me han dicho que no debo quererte, y por eso te amo, como José adoraba á Carmen la gitana. El árbol traicionero alza su copa hermosa sobre los demás: no hay nidos en sus ramas; abajo está la muerte. Puedo, si quiero, reposar bajo otros árboles, bajo la encina honrada ó el nogal hospedador. Pero esos no poseen tu seducción diabólica, ni son tan bellos como tú. He corrido por los campos y los bosques; el cansancio me agobia; déjame, pues, dormir bajo tus hojas y beber por mis poros el veneno de la muerte!

*
* *

Mas ¿quién piensa en la caída mortal cuando caracolea el caballo, coqueteando en la arena del *turf*; ni en el minuto trágico del duelo, cuando la bella peligrosa se apoya en nuestro brazo para lanzarse al torbellino rápido del vals? Yo en las carreras, pensaba en usted, ¡oh gran dominadora!, y en las apuestas que había hecho en la oficina. El juego es la suprema sensación para aquellos que no conocen el amor: ese otro juego en que se apuesta el alma. Pero el juego, en el Hipódromo, es el juego hecho carne; la sensación de dos mil metros; el juego con peripecias y sobresaltos; el juego

que ase á su víctima por los cabellos y la columpia en el espacio. ¡Qué hermosa es «Taxatón!» Sus movimientos están ajustados á un ritmo cadencioso; la baña el sol por todas partes; anda como una reina de quince años en el momento de subir al trono. «Júpiter» es el mozo arrojado que, como Paolo, besa en los labios á la que ama, aun cuando tenga sobre el pecho la punta del puñal que va á matarle. ¿Y «Maretzeck»? ¿De dónde viene ese nobilísimo extranjero? Es un nabab que se pasea en las calles de París. Mira con altivez á los demás y pasa imperturbable, seguro de sí mismo y olfateando la victoria. Pero el «Águila» no obedece á las leyes de la gravedad y parece que tiene alas adentro; y «Caracole» travesando como una locuela, se burla de los demás y sabe que ninguno podrá disputarle el triunfo. Parten ya: el «Halcón» sale disparado como una enorme piedra negra arrojada por la honda de un gigante, y parece que la pista se va enrollando delante de él, como una pieza de paño gris en torno de un cilindro giratorio. «Halcón» vence hasta ahora; pero el «Águila», que no ha querido fatigarse y que avanza tranquila, arranca con una fuerza extraordinaria, aprovechando la fatiga del contrario, y le alcanza en la curva de la pista, y le pasa, y entre vivas y aplausos, llega á la meta, sin una gota de sudor, altiva é impasible como el poeta que, terminada su tragedia, sale al escenario y escucha los aplausos, sin agradecerlos, como no agradece el sol las miradas sumisas de los hombres.

Durante la rápida competencia ¡cuántas emociones han sentido sucesivamente los apostadores! El dinero apostado en las carreras es un dinero que galopa y que corre: se oye venir, montado en el caballo, como si el jinete tuviera una armadura de oro. Un enamorado que estaba junto á mí apostó al «Halcón» y le veía vencer con espanto. Había apostado una caja de guantes y perfumes, contra el listón azul que ceñía la garganta de su novia. Quería perder.

En un hermoso drama de Vigny, Chatterton halla en un baile á la mujer que amaba desde lejos.....

..... *Vers de terre amoureux d'une étoile!*

En el tumulto de la fiesta, ve la dama que habían desgarrado su traje y busca un alfiler para prenderlo. Chatterton era pobre; pero tenía un alfiler muy rico, de brillantes, único resto de sus pasados esplendores. Esa era, casi, toda su fortuna. Se acercó á la dama y le ofreció la rica joya para que prendiese con ella su desgarrada falda.

—Caballero, no puedo recibir de un desconocido áhaja de tal precio.

—Si es por eso, y no más—repuso Chatterton—tomad.

Y rompiéndola vigorosamente entre sus dedos, le tendió el alfiler, arrojando por la ventana los brillantes.

*
* *

Yo en el Hipódromo no pensaba nada más en la gran domadora de mis pensamientos y en la nerviosa agilidad del «Aguila.» Pensaba, viendo las tribunas, en el pintor supremo de las elegancias parisienses, De Nittis. Hay tres pasteles de De Nittis que representan varios episodios de carreras. En uno (Pendant la Course), la pista no se ve. El pintor comprendía que los más importantes en el *turf* no son los caballos, sino las mujeres. En primer término, en pie sobre una silla de paja, una mujer alta y hermosa observa la carrera. Está de perfil. Yo apostaría á que no es una mujer honrada.

Mira el *match* fríamente, como si en él no aventurara un sólo franco suyo. Tal vez habrá apostado la fortuna de su amante. Largo abrigo de felpa le llega casi hasta los talones, descubriendo apenas la extremidad de su enagua escocesa. Los botines son de paño gris con zapatillas de cuero barnizado. No tiene breve el pie ni pequeñas las manos, que se esconden en el *manchón* de pieles. Cubre su cabeza un gran sombrero de terciopelo mirto, sobre el que se destaca una camelia blanca, como una gota de leche caída de los senos de Cibele. La escena debe pasar en Auteuil y durante las carreras de otoño. La hermosa impassible tiene frío. Se conoce en el modo con que atá las bridas de su sombrero y en el cuidado con que oculta su garganta. Junto á ella, pero en tierra y puesto adrede para sostenerla en caso de una caída, está su acompañante, rígido y gallardo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Se ve la tela de su traje oscuro y el tejido de su corbata. Siente uno tentaciones de pasar la mano por la seda del sombrero, para ver si se eriza. En torno, y distribuídos con grande arte, vense muchos grupos de espectadores. Unos siguen con fiebre los incidentes de la carrera; otros entablan conversaciones amorosas; pero, dominando á todos, en pie en la silla de paja, con la misma altiveza de una estatua en el mármoleo pedestal, destácase la dama rubia y pálida, impassible, severa y desdeñosa. Sus ojos no se apartan de la pista. Yo creo que con un poco de atención se vería la carrera reflejada en sus pupilas.

En otro pastel de De Nittis, la escena representa un grupo en torno del brasero. El cielo tiene un gris mate, como si en lo alto se estuviera formando la nieve que ha de caer en el invierno. A lo lejos se distingue la pista y el hormigear confuso de los circunstantes. Un grupo de privilegiados se reúne en torno del brasero, que es un cono de hierro como de metro y medio, en cuyo centro arden carbones crepitantes: las llamas rojas salen por los intersticios de la reja, como lenguas de ratones diabólicos que intentan escaparse del infierno. Al rededor de esa *poêle* hay figuras deliciosas,

cuyos contornos nadan en la luz. Nadie piensa en los caballos ni atiende á las carreras. Todos descansan indolentemente, extendiendo sus piernas para calentarse al amor de la lumbre. De un personaje sólo se ve el pie, bien calzado, cuya planta lamena casi las rojizas lengüetas del brasero. Allí está el ruso Turgueneff, un parisiense del Newskia, arropado en los anchos pliegues de su hopalanda, sobre la que nievan los blanquísimos copos de su barba. Junto á él, una mujer, de blancura hiperbórea, le mira sonriendo y enseñando sus blancos dientes esmaltados. Sobre una silla descansa y se calienta un perro lanudo, de esos que la implacable moda tusa á medias, dejando á descubierto su finísimo cútis color de rosa subido y la extremidad de sus piernas raquílicas. Mas la figura singularmente bella en este cuadro, es la de una mujer alta y esbelta, que apoyándose en el respaldo de una silla y conservando el equilibrio en sólo un pie, tiende su breve planta hacia la llama.

Viste un traje de terciopelo guinda oscuro y lleva un sombrero del mismo color, con adornos azules listados de negro y detenidos por una airosa pluma blanca. Tuerce el cuerpo hacia atrás, y al acercar la planta al fuego, su enagua levantada dibuja las morbideces de la pierna. El ala ancha y caída de su sombrero, le cubre una gran parte de la cara; pero puede mirarse la extremidad de la nariz correcta, cuyas ventanillas color de rosa se estremecen, como si olfatearan besos, y el corte de la barba, cuya línea ondulante se desvanece en la garganta. Por sobre la nuca y escapando á la tiranía del sombrero, cae una doble trenza rubia. Yo viviría bajo esa trenza.

En el aire revolotean, moviendo sus élitros sonoros, los ¡Hip! ¡Hip! de los jockeys y el ¡Hurra! de los apostadores gananciosos.

* * *

Un De Nittis viajero podría encontrar, en las tribunas del Hipódromo, bonito asunto para nuevos cuadros. Aquí, sin embargo, los grupos no se distribuyen de modo tan pintoresco y tan artístico. Parece que están sujetos todos al despotismo de la inflexible línea recta. Las señoras se alínean en las tribunas y los hombres hacen abajo su cuarto de centinela. Nosotros no tenemos tampoco esas fanáticas del caballo que hay en Londres y en París. La más famosa en Francia es la Condesa de ***, apellidada por los periodistas Madame Bob. Nadie podría decir que ha sido su amante, y sin embargo, el mundo no la juzga honrada. Posee eso que Baudelaire apellidaba, con extraordinaria precisión, «la gracia infantil de los monos.» Es delgada, y cuando abrocha su casaca estrecha sobre el pecho aplanado, más bien se creería ver á un estudiante en vacaciones ó á un jockey en traje de paseo.

Mme. Bob no se jacta de sus títulos, pero sí se vanagloria de sus caballos, que descienden de «Gladiator» y «Lady Tempest». Y cuentan que cuando vuelve de algún baile, escotada, con los ebúrneos brazos descubiertos y abrochados los catorce botones de sus guantes, entra en las caballerizas, alumbradas por el gas, y allí dilata su nariz para sentir el acre olor de las repletas pesebreras, y despierta los caballos, y les rodea el cuello con los brazos, y los besa, y monta como una amazona y se deja caer entre las piernas de su yegua favorita; y roza con su codo lustroso la madera de los bojes, y hunde sus zapatillas de raso blanco en el estiércol; y permite que el casco de sus caballos retozones le rasgue la crujiente seda del vestido, y que sus gruesas bocas frías le mojen la garganta y el cabello. Luego sube á su tocador, que huele á azáleas y á violetas, y se lava allí, no en las palanganas de finísimo cristal, ni en las ánforas de plata maciza llenas de cincelados y arabescos, sino en el burdo cubo de madera en donde empapa una grosera esponja, prefiriendo al agua de Santa María de la Novella y al mismo Chipre, cuyo olor no puede definirse, el agua clara tomada en la mañana, de la fuente, y con la que salpica, al zabullir sus rizos negros, los muros tapizados de acuarelas japonesas.

* * *

¡El caballo! Yo comprendo las pasiones que inspira, aun cuando sean como la salvaje pasión de Mme. Bob. Las mujeres le aman más aún que nosotros.

*Allons, mon intrépide,
Ta cavale rapide
Frappe du pied le sol;
Et ton bouffon balance,
Comme un soldat sa lance
Son joyeux parasol!*

¿Te acuerdas? Ya hace mucho tiempo de esto: fué cuando me amabas. El aire estaba fresco como si dentro de cada gota de luz fuese una gota de agua. Acabábamos de tomar en sendos tarros—tú no quisiste que bebiera en el tuyo—la espumosa leche que delante de nosotros ordeñaron. ¡Cómo reímos en esa azul mañana y cómo recuerdo los bigotes blancos que dibujó la leche en tu boquita! ¡Vamos á partir. Tu caballo relinchaba impaciente, y tu mamá, al verle brioso, te suplicaba que no hicieras locuras. ¿Te acuerdas? No podías subir, y yo, para ayudarte, te tomé entre mis brazos. No he podido olvidarlo. ¡Qué cerca estuvimos en ese instante y qué lejos estamos hoy! Después arreglé los pliegues largos de tu

amazona y estreché entre mis manos tu delicado botincito. Tú, ruborizada, espoleaste tu caballo y corriste, riendo, por el llano. Te alcancé. Galopamos mucho, mucho, hacia el lugar por donde sale el sol. Parecía que corriamos á un incendio. Los demás se habían quedado atrás, y tú, medrosa, quisiste que los aguardáramos á la sombra de un árbol. Allí nos detuvimos. Yo pensaba en el breve botín que ocultaba tu amazona y en tu corazón que había sentido junto al mío. Y hablamos, y tu caballo color de oro se fué acercando al mío, como si fuera á contarle algún secreto, y de repente, mi boca trémula besó los delicados bucles rubios que se erizaban en tu cuello.

¡Cómo ha corrido el tiempo! Cuando tengas hijas, no dejes que ninguno las ayude á sentarse en el albardón de su caballo!

LA PASIÓN DE PASIONARIA.

¡Cómo se apena el corazón y cómo se entumece el espíritu, cuando las nubes van amontonándose en el cielo, ó derraman sus cataratas, como las náyades vertían sus ricas urnas! En esas tardes tristes y pluviosas, se piensa en todos aquellos que no son; en los amigos que partieron al país de las sombras, dejando en el hogar un sillón vacío y un hueco que no se llena en el espíritu. Tal parece que tiembla el corazón, pensando que el agua llovediza se filtra por las hendeduras de la tierra, y baja, como llanto, al ataúd, mojando el cuerpo frío de los cadáveres. Y es que el hombre no cree jamás en que la vida cesa; anima con la imaginación el cuerpo muerto cuyas moléculas se desagregan y entran al torbellino del eterno cosmos, y resiste á la ley ineludible de los séres. Todos, en nuestras horas de tristeza, cuando el viento sopla en el tubo angosto de la chimenea, ó cuando el agua azota los cristales, ó cuando el mar se agita y embravece; todos, cual más, cual menos, desandamos con la imaginación este camino largo de la vida, y recordando á los ausentes, que ya nunca volverán, creemos oír sus congojosas voces en el quejido de la ráfaga que pasa, en el rumor del agua y en los tumbos del océano tumultuoso. El hijo piensa entonces en su amante padre, cuyos cabellos canos le finge la nieve prendida en los árboles; el novio, cuya gentil enamorada robó el cielo, piensa escuchar su balbuceo de niña en el ruido melancólico del agua; y el criminal, á quien atenace el remordimiento, cierra sus oídos á la robusta sonoridad del océano, que, como Dios á Caín, le dice: ¿En dónde está tu hermano? Y nadie piensa en que esos cuerpos están ya disyectos y en que sus átomos van, errantes y dispersos, del botón encarnado de la rosa á la carne del tigre carnívoro; de la llama que oscila en la bujía á los ojos de la mujer enamorada; nadie quiere creer que sólo el alma sobrevive y que la vil materia se deshace; porque de tal manera encariñados nos hallamos con la envoltura terrenal, y tan grande es la predominación de nuestros sentimientos egoístas, que, por tener derecho á imagi-

nar que nuestros cuerpos son eternos, no consentimos en creer que la inflexible muerte ha acabado con los demás, y, calumniando á Dios, prolongamos la vida hasta pasada ya la orilla amarillenta en que comienzan los dominios de la muerte.

Este sentimiento es mayor en los pueblos que no alcanzan todavía un grado superior de civilización y de cultura. Los egipcios pensaban que sus deudos difuntos habían menester aún del alimento. Por eso pintaban en el interior de los sepulcros é hipogeos, fámulos y sirvientes, provistos de bandejas llenas de sabrosos manjares, cacharros henchidos de agua y grandes panes. Nuestro pueblo conserva aún esa superstición, y deposita, en el día de los difuntos, en el camposanto, lo que llama la ofrenda.

Días pasados, hablaba yo con una nerviosísima italiana acerca de estos usos y costumbres. No estábamos solos en su habitación; que, á haberlo estado, hubiera preferido hablarla de amor. La lluvia no permitía que abandonáramos el sagrado de su hogar, y allí, cautivos, entreteníamos la velada con cuentos de aparecidos y resucitados.

—¿No cree usted en la transmigración de las almas?—me decía. Solté á reír, y oprimiendo su mano á hurtadillas de los demás, la contesté:

—Cuando miro esos ojos y esa boca, creo en la transmigración de los espíritus. Vive en usted el alma de Cleopatra. ¿No es así?

Mi bella interlocutora, agradecida, desarrugó el ceño, contraindo poco antes por lo hurafío de la plática, y me dijo:

—No sé si los muertos vuelven, ni si emigran las almas á otros cuerpos, pero voy á narrarle una historia. Juan casó en segundas nupcias con Antonia. De su primera esposa quedábale una niña de siete años, á quien llamaban Rosalía sus padres, y Pasionaria, los vecinos de la aldea. La primera mujer de Juan era todo lo que se llama un ángel de Dios. Paciente, sufriendísima, amorosa, se veía en los ojos de su marido y en el fresco palmito de la niña. Las comadres del pueblo, viendo su tez pálida, sus grandes ojos rodeados por círculos azules, y la marcada delgadez de su enfermizo cuerpo, decían que la mamá de Pasionaria no haría huesos viejos. Ella, alegre y resignada, esperaba la muerte cantando, como aguardan las golondrinas el invierno. Cierta noche, Andrea—que tal era su nombre—se agravó mucho, tanto que hubo necesidad de llamar á D. Domingo el curandero. ¡Todo inútil! La pobre madre se moría, sin que nadie pudiese remediarlo. Poco antes de entrar en agonía, llamó á su hija, que á la sazón contaba cinco años, y le dijo:

—Rosalía: ya me voy. Yo quisiera llevarte; pero el camino es muy largo y muy frío. Quédate aquí; tu padre te necesita y tú le hablarás de mí para que no me olvide. ¡Hasta mañana!

Andrea cerró los ojos, y Rosalía besó, llorando, sus manos que parecían de nieve. ¡Hasta mañana! Es verdad: ¡mañana en el cielo!

* * *

Juan era mozo todavía y se consoló á los once meses. Al año cabal, se había casado con Antonia. Esta era mala, hurafia y desconfiada. La madrastra—como en el pueblo la llamaban—hizo sufrir muchísimo á la pobre niña. La trataba con dureza, solía azotarla cuando Juan no estaba en casa, y hasta llegó á quemar un día sus manos con la plancha caliente. Rosalía lloraba; nada más. Cuando eran muchos sus padecimientos, decía en voz baja, con la cara pegada á los rincones:—¡Madre! ¡madrecita!

Pero la pobrecita muerta no la oía. ¡Qué pesado ha de ser el sueño de los muertos! Las niñas del cortijo, viéndola tan triste, la invitaban á jugar. Pero ella no iba porque sus zapatitos no tenían ya suelas y los guijarros de la calle se le encajaban en la planta. A fuerza de zalamerías con su marido, Antonia había logrado enajenarle el cariño de su padre. Una noche, Pasionaria habló de su mamá; pero esa noche la dejaron sin cena y le pegaron.—¡Malhaya la madrastra!—decían las buenas almas de la vecindad. Dios quiera acordarse de la pobrecita Pasionaria!

Dios tiene buena memoria y se acordó. Cuando nadie lo esperaba, y sin visible cambio en la conducta depravada de los padres, Pasionaria se fué reanimando, como la mecha de una lámpara cuando sube el aceite. Seguía siendo muy pálida, pero sus ojos brillaban tanto como la lamparilla que arde junto al Sacramento.

—¿Vas mejor, Pasionaria?

—¡Vaya que voy, como que ya me he puesto buena!

Sin embargo, un doctor que estuvo de temporada en el cortijo, vió á la niña y su pronóstico fué fatal: “A la caída de las hojas se nos va.”

Pasionaria desmentía con su cambio este vaticinio. Pasionaria cantaba, haciendo los menesteres de la casa, siempre que Antonia, perezosa y egoísta, andaba de parranda con las cortijeras. Luego que la madrastra llegaba, Pasionaria enmudecía! ¡Así callan los pájaros cuando ven la escopeta de los cazadores! Las buenas gentes del cortijo, se decían, con grandes muestras de compasión, que Pasionaria estaba loca. La habían visto hablar sola en los rincones, y hasta habían escuchado estas palabras:

—¡Madre! ¡madrecita!

Pasionaria no estaba loca. Pasionaria hablaba con su madre.

La santa mujer, que tenía una silla de marfil y de oro cerca de los ángeles, pidió una audiencia á Dios Nuestro Señor para decirle:

—Señor: yo estoy muy contenta y muy regocijada en tu gloria, porque te estoy mirando; pero, si no te enojas, voy á hablarte con franqueza. Tengo en la tierra un pedacito de mi alma que sufre mucho, y mejor quiero padecer con ella que gozar sola. Déjame ir á donde está, porque me llama la pobrecita y se está muriendo.

—Véte—dijo el Señor—pero si te vas, no puedes ya volver.

—¡Adios, Señor!

La gloria, sin sus hijos, no es gloria, para una madre.

Aquella noche, Andrea se apareció á su hija y le hablo así:

—Yo te dije que volvería y aquí me tienes. De hoy en más no te abandonaré, tú me darás la mitad de los mendrugos que te den por alimento, y cuando te azoten esas malas almas, dividiremos el dolor entre las dos.

Y así fué. Por eso Pasionaria estaba alegre, aunque el doctor dijera que se moría. No hay, sin embargo, naturaleza que resista á ese maltrato. A la caída de las hojas se murió. Juan que en el fondo no era tan malo, se enjugó una lágrima, y el señor cura se la llevó á dormir al camposanto. Como era natural, en cuanto Dios supo la muerte, dijo á sus ángeles:

—Id á traerla, que aquí le tengo preparada una sillita baja de marfil y de oro, y un cajón lleno de juguetes y de dulces.

Los ángeles cumplieron el mandato, y madre é hija se pusieron en camino. Pero Andrea tenía cerrada la puerta del cielo por desconfiada, y San Pedro, llamándola aparte, para que la niña no se enterase de nada, le dijo:

—Ya tú sabes lo que el amo dispuso; yo lo siento, viejita, pero el que fué á Sevilla perdió su silla.

—Bien sabido que lo tengo. Nada más llevo á la puerta para dejar allí á la niña, y que entre sola. Ahora que va á gozar, ya no me necesita. Lo único que pido es que me den un lugarcito en el Purgatorio, con ventana para el cielo; que de ese modo podré verla desde allí.—San Pedro conferenció con el Señor, que dió su venia, y la madre se despidió de Pasionaria.

—Madrecita, si tú no entras yo me voy contigo.

—Calla, niña, que nada más voy por tu padre y vuelvo pronto.

¡Pronto, sí! Todavía la está esperando Pasionaria! La pobre madre está en el Purgatorio, muy contenta, viendo con el rabo del ojo á Pasionaria, que juega con los ángeles todo el día. Dios dice que, cuando llegue el juicio final, se acabará el Purgatorio y que entonces se salvará la buena madre. ¡Dios mío! ¿cuándo se acaba el mundo para que no estén ausentes esas pobres almas?.....